

que matiza su jornada. En esta oportunidad, el estudio académico va entreverado con un litigio en defensa de la palabra. De hecho, todos los testimonios alegados en este libro conducen a la misma cumbre: el requerimiento de un embate contra los poderes y actitudes que dificultan nuestro vínculo con el lenguaje, entendido acá como el medio más vigoroso de identidad comunitaria.

Nadie podrá negar la importancia del empeño propuesto por la escritora. En su prolijo informe, Bordelois reconoce la vieja raigambre del asunto, y su búsqueda se impone como forzosa en un tiempo en el que tantos peligros se ciernen sobre nuestra lengua. Aunque las conclusiones atañen de modo particular a la Argentina, no parece exagerado calificarlas de universales. Al socaire de la revolución globalizadora del periodismo masivo, muchos hablantes parecen a punto de olvidar su patrimonio: hay quien le pone una vela al *spanGLISH* y otra a los formulismos. De manera automática, despuntan en nuestras tertulias la cursilería, los idiotismos, la imprecisión y esa descarada invitación a la ignorancia que es la politiquería de ciertos oradores. ¿Conviene echar cuentas? Así lo cree la ensayista, quien no da por saldada la deuda colectiva de sus compatriotas en este dominio.

Si el lenguaje, entre otras cosas, es una máscara proyectada, hemos de tomar por cierto ese aturdimiento devastador que, al decir de Bordelois, trata de imponerse día a día, por medio de una propaganda efficacísima. Ahí está para quien se atreva con ella: en la cochambrosa programación televisiva, en el dictado trivial que muchos periodistas repiten a tontilocas, en el gregarismo lanar que, tras la empalizada sajona, imponen las torpes modas de la sociedad de consumo.

Frente a un porvenir tan rico en barullo y desventura, no es mal negocio el propuesto por este volumen. Reflexión, ingenio y poesía: tres vacunas frente a lo que se nos viene encima. Y ya que hablamos de cura, léase el siguiente diagnóstico, un punto de partida tan demolidor como el resto de la obra donde aquél se inserta: «Los medios —escribe la analista— son los artífices ciegos y eficaces de un mundo en que un lenguaje sordo y pertrechado de frases hechas y mentiras nos quiere obligar a ser esclavos del trabajo a destajo, autómatas de la información planificada y consumidores incondicionales de bienes superfluos». Ahí es nada. ¿Será necesario añadir que hay medios para recuperar la dignidad?

Guzmán Urrero Peña

Los libros en Europa

Cuatro visiones de la historia universal, José Ferrater Mora. Alianza, Madrid, 2006, 139 pp.

Sólo alguien que sabe muy bien lo que dice, puede decirlo con brevedad y concisión. Es lo que ocurre con el presente y rápido viaje entre estas cuatro visiones de la historia –más que filosofías de ella–: San Agustín, Vico, Voltaire y Hegel. Desde la sugestión religiosa –sólo en un contexto cristiano heredado, parcialmente, del hebraísmo, se dan concepciones de la historia– Ferrater llega a la historia como ensoñación de futuro, como tierra de promisión, donde la condición humana se cumple y puede mejorarse, redimiéndose de sus males, que sólo la historia puede poner en escena. Si para el pagano, sea platónico o estoico, la historia es innecesaria, para el judío y el cristiano, es insoslayable.

De ahí las preguntas: ¿hay un plan, un destino, unas leyes, una razón en la historia? San Agustín concibe la historia como teológica, una teodicea donde Dios, el Creador, se justifica y

establece su justicia. Para Vico, es la ciencia de lo concreto, o sea de lo espiritual, un devenir incesante y agónico, existencialista antes de tiempo. Voltaire intenta atisbar el espíritu que yace bajo las apariencias documentales de la historia, organizando una cruzada contra el mal, el infortunio y la desdicha, con el resto de los hombres de buena voluntad, portadores de la razón histórica. Hegel, por fin, propone una teología en la cual no hay un Dios creador sino una Idea que se crea a sí misma extraviándose en la alienación de la naturaleza y abriendo caminos para su liberación, es decir para la construcción de su esencia. La Idea es errónea y contradictoria, al revés que Dios, y en esa capacidad de contradecirse consigue que la historia sea un proceso.

Terminado el periplo, la inteligente composición de Ferrater deja establecida la gran pregunta acerca de si hay o no verdades en la historia, acaso si es el lugar de la Verdad, de la que, por estar en el tiempo, conocemos su derrote-ro pero no su fórmula.

Xavier Zubiri. La soledad sonora, *Jordi Corominas y Joan Albert Vincent. Taurus, Madrid, 2006, 917 pp.*

El buen biógrafo ha de hacerse cargo de las contradicciones de su biografiado, eso que suele llamarse la psicología del personaje. Los autores lo han conseguido, en buena medida por el orden que han puesto en una cuantiosa documentación personal e intelectual que, en cierto modo, es también una historia cultural de la España contemporánea.

Zubiri era vasco y cosmopolita, poliglota, cura a desgana, católico siempre mal con la Iglesia, laico por vocación, orteguiano y heideggeriano, monoteísta y agónico, matrimonial y erótico, casto y sensual. Si su invención filosófica fue modesta, en cambio, su capacidad magisterial y su incansable tarea de estudioso —hasta podría decirse: de estudiante— lo situaron en el cruce de los caminos filosóficos del siglo XX. Para la España de la posguerra, algo inevitable, con el ambiguo valor de lo inevitable. Lo mismo cabe entender en cuanto a su encuadre político. Católico por fe y liberal por formación, casado con una hija de Américo Castro, apoyó a la República y mantuvo su cercanía hasta comenzada la guerra civil, para luego convivir con el régimen, que no se ahorraba

enviar policías a sus clases, lamentablemente desprevenidos en cuanto a eso de la filosofía.

Momentos, personas, libros, ideas, fórmulas, todo desfila por estas páginas que, si bien exigen del lector la paciencia de la prolijidad informativa, nunca pierden su calidad de relato, el de una vida que es, a su manera, todas las vidas de su lugar y su tiempo.

París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo, *Margaret Mac Millan. Traducción de Jordi Beltrán Ferrer. Tusquets, Barcelona, 2006, 696 pp.*

La conferencia de Paz citada en París y rematada en Versalles en 1919 dio, aparentemente, por liquidada la primera guerra mundial. Varias voces autorizadas ya dijeron entonces que aquello no era la paz sino la tregua, que Alemania había perdido la guerra y Francia, la paz, que había de prepararse otro conflicto porque, paradójicamente, se había firmado la paz. Mac Millan, sin introducir demasiadas novedades en su relato, repasa algunas tesis tópicas al respecto.

Los hombres que trataron el armisticio del lado vencedor —Wilson, Lloyd George y Clemenceau— eran políticos del siglo

XIX, habituados a resolver sus cuestiones en un despacho y a trazar los mapas del mundo en un gabinete geográfico. No se llevaban bien entre sí y pretendieron un gobierno mundial, la Sociedad de las Naciones, sin renunciar a intereses nacionales e imperiales. De tal sociedad los Estados Unidos nunca formaron parte.

Otro tópico revisado por Mac Millan es que las consecuencias del tratado humillaron a los alemanes y propiciaron el nazismo. Ni Alemania quedó tan aplastada, ni debió cumplir con las obligaciones impuestas desde el enemigo, ni había sido claramente derrotada en la contienda. La historiadora no condena las imprevisiones, los errores ni las exageraciones de los Aliados, aunque sí la política económica derivada de Versalles, ya denostada en su tiempo por Keynes. Aquéllos no pudieron hacer nada mejor aunque lo soñaran y predicaran.

El relato es documentado, ameno y horripilante. Personajes y ambientes están descritos con vivacidad de buen novelista y mejor psicólogo. El horror proviene de ver a una dorada civilización entregada a la barbarie tecnológica y advertir que buena parte de las improvisaciones de Versalles –Oriente próximo, en primer lugar, los Balcanes– continúan provocando conflictos que

no ofrecen perspectivas de solución.

Crónicas berlinesas, Joseph Roth. Edición, notas y posfacio de Michael Bienert. Traducción de Juan de Sola Llovet. Minúscula, Barcelona, 2006, 290 pp.

Entre 1920 y 1933, Roth escribió en diversos periódicos estos apuntes «del natural» sobre la vida cotidiana en Berlín. Bienert los ha recogido y editado con una serie de notas muy útiles que informan de aspectos epocales normalmente desconocidos por el lector de hoy, además de referencias biográficas que permiten ubicar los textos en la circunstancia personal del escritor.

Las prosas son ocasionales y están hechas por un garbeador, paseante o *flâneur* que observa a gentes y objetos, lugares y eventos del término medio impersonal en una gran ciudad. Así nos metemos en cafés, literarios o burgueses, casas de baños turcos, aceras con prostitutas, comedores de indigentes, oficinas de correos, grandes almacenes, vagones de metro suburbano, ferias, cines, teatros, el museo de Walter Rathenau (político conservador asesinado por los nazis) y suma y sigue. Los pequeños detalles, las refe-